



**Palabras del Padre Cipriano Sánchez García, L.C., Rector de la
Universidad Anáhuac México, en el Retiro de Adviento 2022**

6 de diciembre de 2022

Auditorio de Rectoría, Universidad Anáhuac México Campus Sur

**RETIRO DE ADVIENTO 2022: CORAZONES NUEVOS PARA SER TESTIGOS DE
UN SIGNO**

TRES VISIONES, TRES ESPERANZAS.

No podemos vivir la Navidad como si fuera un paréntesis, una especie de siesta o de sueño que nos evade de la realidad. Cada año, cuando se acerca la Navidad cada uno de nosotros trae algo nuevo, algo de lo que ha vivido a lo largo del año. Pueden ser situaciones de dolor, alguien que ya nos falta, alguien que se nos ha ido. Pueden ser situaciones nacidas de un proceso que estamos llevando a cabo, el encuentro con la adolescencia de un hijo, la partida de una hija de casa por motivos profesionales o porque comenzó un nuevo hogar, el inicio del declive en un ser querido en el que vemos como poco a poco sus

capacidades se han ido mermando. Si recorremos el calendario del año que estamos terminando nos damos cuenta de que en nuestro cofre personal traemos algo o sentimos la ausencia de algo. No existe Navidad sin historia personal. Por otro lado, el acercarnos a la Navidad nos puede introducir en un círculo más interior, el círculo de nuestras decepciones, el círculo de nuestras fracturas personales. Pero podemos preguntarnos, ¿por qué es lo que tenemos que ver en Navidad? ¿Cuál es la parte de nosotros que tiene que brillar en esta Navidad? Dediquemos tres momentos a ver nuestro corazón contemplando el signo que Dios quiso darnos en la primera Navidad.

PRIMERA VISIÓN EL MUNDO:

El relato de la Navidad comienza poniéndonos en el contexto de dos poderosos de la tierra. En el caso de San Mateo, se trata del Rey Herodes, en el caso de San Lucas se refiere al Emperador Augusto Tiberio. «En aquellos días salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo del mundo entero» (2,1). Podría parecer que estos dos personajes son solo casualidades a la hora de contarnos algo sobre Jesús. Sin embargo, más bien son el fondo sobre el que tendrá un profundo sentido la venida del Señor al mundo.

Augusto es el fondo en el que San Lucas introduce su relato sobre el nacimiento de Jesús, y explica por qué ha tenido lugar en Belén. Un censo cuyo objeto era determinar y recaudar los impuestos es la razón por la cual José, con María, su esposa encinta, van de Nazaret a Belén. El nacimiento de Jesús en la ciudad de David se coloca en el marco de la gran historia universal, aunque el emperador

*nada sabe de esta gente sencilla que por causa suya está en viaje en un momento difícil.*¹ Se trata de la realidad de un mundo en el que hay unos que someten a otros por la fuerza, de un mundo en el fondo profundamente injusto. De hecho, el emperador se veía a sí mismo como el salvador universal del mundo. Cuando contemplamos esta visión no podemos sentir ajenos como si estuviéramos viendo un noticiero de algo que sucede en un país lejano. Sin embargo, quizá nos pueda ser muy útil mirarnos en el espejo del este Emperador, de su afán por tener más, de su afán por poner a su servicio a los otros sin importarle lo que les pueda costar, de su olvido de lo que implica para los demás el que se cumpla el propio capricho. Según ahondamos en esta mirada, nos damos cuenta de que no somos tan ajenos como pensábamos a esa frase de san Lucas, que en el fondo podríamos compartir bastante con el emperador romano. Porque al final, lo que hay en el corazón de este personaje es una indiferencia tremenda hacia lo que no sea su propio interés. San Lucas nos muestra a un Emperador envuelto en su grandeza humana, pero sabemos que esta grandeza no está limpia, sino que está subida en el daño que les hace a otros, esta elevada sobre el dolor ajeno. Para llegar a Navidad hay que pasar por Augusto, hay que descubrir a este Emperador en nuestro entorno, pero también en nuestro corazón.

El segundo personaje es Herodes. Herodes es el fondo que nos sirve para datar con más precisión la época del nacimiento de Jesús, pues sabemos que más o menos debería haber sucedido en torno al año 6 antes de nuestra era. Pero esta no es la preocupación del evangelista cuando nos pone ante los ojos la figura del Rey de Palestina. *«Jesús nació en Belén de Judá en tiempos del rey*

Herodes. (2,1s). en la época en la que se escribió el evangelio, todos sabían quién había sido el rey Herodes, todos conocían su crueldad, su sometimiento al poder romano, las obras magníficas que había dejado sembradas por toda Judea y de modo especial, como había educido a la élite religiosa judía con la construcción del templo de Jerusalén. Es la figura del hombre que retuerce la religión y la somete a sus pasiones, de modo especial, a su ansia de poder y de riqueza. Es el prototipo de la soberbia y la avaricia. Pero al mismo tiempo es el prototipo de la auto sumisión al poder que hace esclavos a sus hermanos con tal de mantenerse en el trono. Él se ve a sí mismo como el rey, aunque en verdad reina gracias al Emperador, es decir el que somete a los hijos de Dios, y tiene la pretensión casi mesiánica de ser el redentor, al menos para el reino judío. Es el hombre que se presenta como defensor cuando en realidad es el asesinoⁱⁱ. Por eso, el nacimiento de Jesús lo angustia, porque este niño al que los Magos reconocen como rey se presenta como un misterioso pretendiente al trono. Esto es un peligro para la soberbia de Herodes, y no dudaría en tomar cualquier medida contra quien fuera para acabar con esa situación. Por eso a su alrededor sembraba la agitación, la preocupación y el temor. Herodes es el retrato del ser humano al que Dios le estorba en su vida cotidiana. Conoceremos su perfidia cuando intenta engañar a los Magos, conoceremos su crueldad cuando manda matar a los niños de Belén y sus alrededores, conoceremos su manipulación de la palabra de Dios cuando busca en las escrituras el lugar del nacimiento del Mesías. Es otro espejo en el que quizá mirarnos. El espejo de nuestros modos de ser que intentan acabar con la presencia de Dios en nuestro corazón para consolidar nuestro orgullo, nuestra soberbia, nuestro rencor, lo que nos hace tener un mundo interior oscuro en cualquiera de sus rostros.

Podemos comenzar nuestro retiro viendo si en nuestro corazón hay un Herodes o un Augusto. Así, estos dos personajes nos presentan como el corazón humano puede cerrarse ante la venida de Cristo, cerrarse por la soberbia, cerrarse por la ambición, cerrarse por la indiferencia, cerrarse por la manipulación de lo que debería ser lo más sagrado sacrificado a costa de intereses mezquinos, cerrarse en la percepción de uno mismo, en el caso de Augusto, pensar que él es el salvador del mundo y en el caso de Herodes, no ver que es solo un esclavo vestido de rey.

La experiencia de la venida del hijo de Dios no sucede en un mundo idílico. Sucede en un mundo en el que parece que no hay justicia y que nunca la habrá, un mundo que a muchas de las preguntas solo encuentra la respuesta de la desesperanza. Cuando vemos a tantos jóvenes quemados al inicio de su existencia por las adicciones o por la violencia o por modas que los deshumanizan. Cuando vemos que los bienes de la tierra no ayudan por igual a los seres humanos, o cuando vemos el mal uso de la ley, o la falta de respeto por quien es considerado menos o distinto, siempre contemplamos situaciones que reclaman un cambio exterior y muchas veces también interior de cada uno de nosotros. *Es necesaria la conversión. Si esperamos al Señor, hay que empezar a preparar los caminos para su venida. Es decir, hay que vivir ya, aquí y ahora, como si Él estuviera ya aquí. Esa es la mejor preparación. Juan Bautista nos lo dice claramente: "Cambien su vida y su corazón". Porque estaría muy mal quejarse de que no hay justicia al tiempo que practicamos la injusticia entre nosotros. Sino empezamos ya ahora a practicar la justicia, quizá es que, ¡ay!, en el fondo no la deseamosⁱⁱⁱ.* En este sentido el camino hacia Jesús en el

misterio de su nacimiento acaba siendo una llamada a la mejora de vida, al cambio necesario para acercarse a él o para aceptarlo. Por eso Adviento y Navidad son también tiempos para cambiar, para mejorar, para descubrir lo que nos paraliza o nos aleja de la experiencia de Jesús en nuestras vidas. Por eso el primer momento es descubrir que me hace indiferente, o lejano, o incluso enemigo de la experiencia de Jesús en esta Navidad.

LECTURA Y REFLEXIÓN PERSONAL

Pero aún hay más. Jesús no quiere venir sólo a las cosas pequeñas de nuestra vida, sino también a nuestra pequeñez: cuando nos sentimos débiles, frágiles, incapaces, incluso fracasados. Hermana, y hermano, si, como en Belén, la oscuridad de la noche te rodea, si adviertes a tu alrededor una fría indiferencia, si las heridas que llevas dentro te gritan: “Cuentas poco, no vales nada, nunca serás amado como anhelas”, esta noche, si percibes esto, Dios responde y te dice: “Te amo tal como eres. Tu pequeñez no me asusta, tus fragilidades no me inquietan. Me hice pequeño por ti. Para ser tu Dios me convertí en tu hermano. Hermano amado, hermana amada, no me tengas miedo, vuelve a encontrar tu grandeza en mí. Estoy aquí para ti y sólo te pido que confíes en mí y me abras el corazón”. Acoger la pequeñez también significa abrazar a Jesús en los pequeños de hoy; es decir, amarlo en los últimos, servirlo en los pobres. Ellos son los que más se parecen a Jesús, que nació pobre. Es en ellos que Él quiere ser honrado. Que en esta noche de amor nos invada un único temor: herir el amor de Dios, herirlo despreciando a los pobres con nuestra indiferencia. Son los predilectos de Jesús, que nos recibirán un día en el cielo. Una poetisa escribió:

«Quien no ha encontrado el Cielo aquí abajo, difícilmente lo encontrará allá arriba» (E. Dickinson, Poemas, 2 XVII). No perdamos de vista el Cielo, cuidemos a Jesús ahora, acariciándolo en los necesitados, porque se identificó en ellos^{iv}.

SEGUNDA VISIÓN: LOS TESTIGOS

El cambio del corazón es algo que se le pide a todo el que se quiera acercar a Jesús que viene a nosotros en Navidad. Este cambio es el que hace testigos de lo que se ha vivido al entrar en contacto con la presencia humana del hijo de Dios. Testigos son los que contemplan, pero testigos son también los que anuncian. En cada Adviento y Navidad tenemos que preparar nuestra persona para ser testigos. Según seamos cada uno de nosotros, pero testigos al fin. El nacimiento de Jesús nos presenta cuatro testigos principales: Los Magos, los pastores, José y María. Cada uno de ellos nos ofrece un aspecto de lo que puede haber dentro de nuestro corazón.

1. Los Magos:

Podemos comenzar con los Magos, que, aunque son los últimos en llegar, pueden ser el símbolo del primero de los pasos hacia Jesús. Ellos son hombres sabios, hombres con la capacidad de entender y de interpretar las realidades de este mundo y del cielo. Y, sin embargo, son conscientes de que algo les falta. La conjunción astral de los planetas Júpiter y Saturno en el signo zodiacal de Piscis, que tuvo lugar en los años 7-6 a. C.—considerado hoy como el

verdadero período del nacimiento de Jesús—les habría indicado la tierra de Judá y un recién

4 SANTA MISA DE NOCHEBUENA NATIVIDAD DEL SEÑOR HOMILÍA DEL SANTO PADREFRANCISCO Basílica de San Pedro Viernes, 24 de diciembre de 2021

nacido «rey de los judíos». Por eso en la pregunta que hacen no simplemente cuestionan la ubicación del nacimiento del que para ellos es el rey de los judíos, sino que también presentan cual es su actitud ante él: venimos a adorarlo. En su interior está el paso de la razón que mira al mundo, a la adoración que descubre el sentido del mundo. El sentido del mundo que no está en los cielos, sino en la tierra, y se reconoce en un pequeño en los brazos de su madre. Así su vida encuentra otro camino. Así descubre lo esencial de la fe, del amor, de su peregrinar a lo largo de la existencia. Los magos descubren un sentido y al mismo tiempo son invitados a cambiar de perspectiva: ya no son sus ideas lo importante, lo que cuenta es la experiencia del encuentro con Jesús. Los Magos son la presencia de todos los seres humanos, sin importar su origen, su edad, su visión del mundo, que buscan a Jesús. *Los sabios de Oriente son un inicio, representan a la humanidad cuando emprende el camino hacia Cristo, inaugurando una procesión que recorre toda la historia. No representan únicamente a las personas que han encontrado ya la vía que conduce hasta Cristo. Representan el anhelo interior del espíritu humano, la marcha de las religiones y de la razón humana al encuentro de Cristo.* Todo el que busca la verdad, el bien, el amor, busca a Cristo. Todo el que mantiene un anhelo de bien en su corazón, anhela a Cristo. Todos nosotros somos los magos, somos la humanidad que sin importar donde se encuentre, ni lo que piense, busca algo mejor y en ese sentido busca a Cristo. Los Magos son testigos de que quien busca a Cristo siempre lo encuentra. Los Magos son testigos de que no son las fuerzas de la naturaleza, o la casualidad lo que rige los destinos del mundo, es el amor de Cristo al ser humano el que conduce todas las circunstancias al

encuentro personal con él. Los Magos son testigos de la alegría que brota en el ser humano cuando se encuentra con Dios, porque su esperanza se ha cumplido. La esperanza de quien encuentra y ha sido encontrado^v.

2. Los pastores:

Los podemos considerar como el segundo tipo de testigos. Son los testigos de quien a pesar de ser considerado como pecador y alejado, es invitado a encontrarse con Jesús. Estaban allí para trabajar, porque eran pobres y su vida no tenía horarios, sino que dependía de los rebaños. No podían vivir como y donde querían, sino que se regían en base a las exigencias de las ovejas que cuidaban. Su pobreza les hacía además impuros para el templo, no se les reconocía su dignidad como hijos de Dios. Sin embargo, ellos son testigos de que, aun cuando el ser humano por sus condiciones de vida se vea apartado del camino normal en el seguimiento de Jesús, puede ser llamado e invitado a seguir el camino que le lleva al encuentro. Sin embargo, ellos son los elegidos para anunciar al pueblo de Israel el nacimiento del Hijo de Dios, el nacimiento del Cordero de Dios que había de llevar sobre sí el pecado del mundo. Los pastores no solo representan la pobreza o la humildad, también son el rostro de quien vive fuera de la gente normal, los que no participan en lo que los demás participan. Pero al mismo tiempo, los pastores son los que, por no tener mucho, pueden estar abiertos a mucho más. Por otro lado, los pastores son los hombres que solo tienen lo que llevan encima, lo que se puede cargar mientras vas de camino. Son el mano, que sabe quitar lo superfluo de su vida. Todos esos rasgos: el ser poco

considerados por la gente, el no pertenecer a los que se creen mucho, el ser conscientes de no ser los más fervorosos, el ser de los que tienen que compartir a veces por necesidad, son los rasgos en los que Dios se fija para que ellos sean los testigos del signo. Dios se fija en ellos porque no tienen mucho. A veces el ser humano se estima en poco, y sin embargo Dios siempre lo ama mucho. Cuando los pastores se encuentran con la presencia de los Ángeles se llenan de miedo. Como tantos seres humanos tienen miedo a que Dios llegue a su vida, sin embargo, lo que Dios viene a traerles es una gran alegría, porque encontrarán la señal del niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre, y reciben un mensaje de esperanza “Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace”, ellos son los hombres en los que Dios se complace, no son los alejados ni los rechazados. Son los que tienen en su vida la complacencia de Dios (Lc 2,13-14). Esta certeza les hace correr para ser testigos de lo que se les ha dicho, para ver la señal de quien es la alegría verdadera, de quien es el verdadero salvador, el verdadero señalado por Dios, el Señor que nos ama eternamente. Cuando vuelven de la cueva de Belén, se convierte también en testigos de que Dios no abandona a la humanidad, que la llena de su luz y de su esperanza.

3. El testimonio de José:

El evangelio de San Lucas nos habla de la presencia de José en el misterio del nacimiento del Salvador. Es una presencia silenciosa. El evangelio no nos

refiere ni una sola palabra de José: no habla, sino que actúa por obediencia. Es el hombre del silencio, el hombre de la obediencia. José obedece cuando acepta a María como su esposa, obedece cuando tiene que ir a Belén a registrarse en el censo, obedece cuando Dios le indica que debe huir a Egipto y cuando le señala que debe retornar a la tierra de Israel. Bajo la guía de Dios, representada por el Ángel, José aleja a su familia de la amenaza de Herodes y los salva. José es un testigo muy especial, porque es el hombre al que le es dado contemplar la misteriosa obra de Dios para la salvación de la humanidad. Una obra que se lleva a cabo en medio del dolor, en medio de la persecución, en medio de situaciones difíciles, en medio de decisiones complicadas. No hay por lo tanto blandenguería, ni tampoco indolencia. José es el hombre de la decisión fuerte, esperanzada, prudente y que busca siempre el bien aun cuando llevarlo a cabo pese como una losa. José no es el testigo que hace grandes revelaciones, es el testigo que está siempre presente para dejar pasar al Señor, para que sea Dios quien derrama su luz. Y lo hace con todas las dimensiones de su ser humano, como quien escucha y sabe discernir, como quien es obediente y a la vez decidido y juiciosamente emprendedor. Un hombre que vive en y de la Palabra de Dios, vive en la voluntad de Dios. Es el testigo que estando al lado de quien lo necesita hace presente la fidelidad de Dios. A esto es llamado José y de esto es testigo José. También nuestro mundo necesita de muchos hombres y mujeres que sean testigos de la fidelidad de Dios. Sobre todo en las situaciones en las que hay que hacer sobresalir la verdad sobre la mentira, el bien sobre el mal, el amor sobre el odio y el rencor.

4. El testimonio de María:

Llegamos al cuarto testigo: María de Nazaret. María es la primeratestigo, la primera y la más grande, y al mismo tiempo la más humilde. La más grande porque es la más humilde. Su corazón está lleno de asombro, pero sin un rastro de romanticismo, sensiblería o espiritualismo. No. La Madre nos devuelve a la realidad, a la verdad de la Navidad, que está contenida en esas tres palabras de San Pablo:

«nacido de mujer» (Gal 4,4). Ella no solo es testigo, pues en ella se lleva a cabo el misterio de la encarnación del hijo de Dios. Pero al mismo tiempo, ella es testigo de la veracidad de la promesa de Dios que es una promesa de amor por su pueblo, como ella misma lo canta en el Magníficat. Ella es un testigo que manifiesta siempre su corazón abierto al amor de Dios. Ella abre su corazón cuando por la acción del Espíritu Santo se le pide que se convierta en la madre del Mesías. Aunque María, como toda joven de su tiempo, estaba a punto de realizar su proyecto de vida, es decir, casarse con José, cuando se dio cuenta de que Dios la llamaba a una misión particular, no dudó en proclamarse su “esclava”. Jesús exaltará su grandeza no tanto por su papel de madre, sino por su obediencia a Dios. Jesús dijo: «Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan» (Lucas 11, 28), como María. Y cuando no comprende plenamente los acontecimientos que la involucran, María medita en silencio, reflexiona y adora la iniciativa divina. Su presencia al pie de la Cruz consagra esta disponibilidad total^{vi}. Pero en Navidad María no es solo testigo que contempla. Es también testigo que actúa: se hace testigo de Jesús, su hijo que no había nacido todavía, cuando se dirige con premura a la montaña para

ayudar al nacimiento de Juan Bautista, el hijo de su parienta Isabel. Ella es testigo que actúa cuando, para que el niño nazca en un lugar digno, da a luz en la cueva de la casade Belén. Ella es testigo que actúa cuando, una vez que nace el niño, lo envolvió en vendas, lo puso en un pesebre. Así la vemos actuar en todomomento hacia su hijo. Pero también es testigo que anuncia a su hijo: cuando lo muestra a los pastores, cuando lo presenta a los Magos, cuando lo lleva al templo. María acepta la persona de su hijo, obra en favor de la persona de su hijo y anuncia la persona de su hijo. María es un testigo lleno de gratitud: La gratitud de la Madre que, contemplandoa su Hijo, siente la cercanía de Dios, siente que Dios no ha abandonado a su pueblo, que Dios ha venido, que Dios está cerca, es Dios-con- nosotros. Los problemas no han desaparecido, las dificultades y las preocupaciones no faltan, pero no estamos solos: el Padre «envió a su Hijo» (Gal 4,4) para redimirnos de la esclavitud del pecado y devolvernos la dignidad de hijos^{vii}. María nos enseña a ser testigos de lapresencia de Jesús en nuestra vida, una presencia que primero tiene queirnos transformando a nosotros, pero que no es solo para nosotros. Unapresencia que es para darla, para dar alegría como al corazón de Isabel,para dar certeza como al corazón de los pastores, para dar certeza comoal corazón de los Magos, para dar esperanza a todos los que queremos acercarnos a Jesús.

LECTURA Y REFLEXIÓN PERSONAL

Contemplemos una vez más el pesebre, dirigiendo la mirada hacia donde se divisan los magos, que peregrinan para adorar al Señor. Miremos y

comprendamos que en torno a Jesús todo vuelve a la unidad: no están sólo los últimos, los pastores, sino también los eruditos y los ricos, los magos. En Belén están juntos pobres y ricos; los que adoran, como los magos, y los que trabajan, como los pastores. Todo se recompone cuando en el centro está Jesús; no nuestras ideas sobre Jesús, sino Él, el Viviente. Entonces, queridos hermanos y hermanas, volvamos a Belén, volvamos a los orígenes: a lo esencial de la fe, al primer amor, a la adoración y a la caridad. Contemplemos a los magos que peregrinan y como Iglesia sinodal, en camino, vayamos a Belén, donde Dios está en el hombre y el hombre en Dios; donde el Señor está al centro y es adorado; donde los últimos ocupan el lugar más cercano a Él; donde los pastores y los magos están juntos en una fraternidad más fuerte que cualquier clasificación. Que Dios nos conceda ser una Iglesia adoradora, pobre y fraterna. Esto es lo esencial. Volvamos a Belén.

TERCERA VISIÓN: EL SIGNO

Todo el Adviento y la Navidad es un tiempo para encontrar una señal. Los profetas del Adviento Isaías y Juan Bautista, serán la indicación de la promesa y de la llegada del Salvador. Los Ángeles y la estrella serán la indicación de la presencia del signo que será una alegría para todo el pueblo: en la ciudad de David nos ha nacido un salvador, el Mesías, el señor. Y esto les servirá de señal: verán a un niño, envuelto en vendas y recostado en un pesebre. El signo es muy claro, pero necesita que lo entendamos.

El signo que san Lucas, inspirado por el Espíritu Santo nos muestra es el signo de nuestra redención. El niño de la cueva de Belén nos muestra que Dios ha querido llegar a nosotros como alguien muy pequeño. Pero eso no es todo, Dios ha querido redimirnos de las tentaciones que hacen que el mundo sea un lugar enemigo del ser humano: Librarnos del corazón de Herodes y de Augusto. Y lo ha hecho a través del misterio de su muerte y resurrección. El signo que ven los pastores es el que años después descubrirán Pedro y Juan en la tumba vacía: es el signo de las vendas en la cueva, hoy en torno a un pequeño, dentro de unos años serán la señal de que Jesús ha vencido y de que en efecto nos ha librado del mal, del pecado, de la muerte definitiva.

El signo es por lo tanto la esperanza que se apoya en el amor de Dios infinito por el ser humano. Un amor infinito que no teme ponerse completamente en nuestras manos, para que nosotros nos pongamos en su corazón. Del mismo modo, la estrella que guía a los Magos, los conduce hasta el signo que les muestra donde está Dios verdadero, no el de sus ideas, o el de sus filosofías. Es el Dios y hombre ante el cual ellos descubren el sentido de sus vidas. Por eso el don de la mirra recuerda que ese niño tendrá que pasar por la cruz para ser manifestado como rey de los judíos y como Dios de todos los seres humanos. El signo que los Magos encuentran al llegar a Belén no termina en la casa donde adoran al niño, sino que se completa con el misterio de la persecución que sufre la sagrada familia y con el dolor de la muerte de los inocentes la huida de Dios de la tierra que él mismo había prometido a su pueblo. En el misterio del dolor que acompaña al Niño Jesús está la certeza

de que la única consolación verdadera, que va más allá de las meras palabras, sería la resurrección, donde se supera la injusticia.

El signo de la Navidad nos muestra que Dios no es solo luz sino también dolor, pero no un dolor ciego, sino un dolor que se hará redención precisamente en Jerusalén, en el lugar del que brota la orden de matar al niño, cuando ese niño hecho hombre entregue su vida ante las murallas de Jerusalén y resucite glorioso en la mañana de la Pascua. Como dice el Papa Benedicto: *La oposición del hombre contra Dios recorre toda la historia. Jesús se revela como el verdadero signo de Dios, precisamente tomando sobre sí, atrayendo hacia sí la oposición contra Dios hasta la oposición de la cruz. Dios, con su verdad, se opone a la multiforme mentira del hombre, a su egoísmo y a su soberbia. Dios es amor. Pero también se puede odiar el amor cuando éste exige salir de uno mismo para ir más allá. El amor no es una romántica sensación de bienestar. Redención no es wellness, un baño en la autocomplacencia, sino una liberación del estar oprimidos en el propio yo. Esta liberación tiene el precio del sufrimiento de la cruz^{viii}. Por eso el signo de la Navidad es que el amor al hacerse humildad se hace victoria sobre la soberbia y el odio, las fuentes del pecado en el mundo.*

LECTURA Y REFLEXIÓN PERSONAL

Este es el mensaje: Dios no cabalga en la grandeza, sino que desciende en la pequeñez. La pequeñez es el camino que eligió para llegar a nosotros,

para tocarnos el corazón, para salvarnos y reconducirnos hacia lo que es realmente importante. Hermanos, y hermanas, deteniéndonos ante el belén miremos el centro; vayamos más allá de las luces y los adornos, que son hermosos, y contemplemos al Niño. En su pequeñez es Dios. Reconozcámoslo: “Niño, Tú eres Dios, Dios-niño”. Dejémonos atravesar por este asombro escandaloso. Aquel que abraza al universo necesita que lo sostengan en brazos. Él, que ha hecho el sol, necesita ser arropado. La ternura en persona necesita ser mimada. El amor infinito tiene un corazón minúsculo, que emite ligeros latidos. La Palabra eterna es infante, es decir, incapaz de hablar. El Pan de vida debe ser alimentado. El creador del mundo no tiene hogar. Hoy todo se invierte: Dios viene al mundo pequeño. Su grandeza se ofrece en la pequeñez. Y nosotros, preguntémonos, ¿sabemos acoger este camino de Dios? Es el desafío de Navidad: Dios se revela, pero los hombres no lo entienden. Dios se abaja y nosotros queremos subir al pedestal. El Altísimo indica la humildad y nosotros pretendemos brillar. Dios va en busca de los pastores, de los invisibles; nosotros buscamos visibilidad, hacernos notar. Jesús nace para servir y nosotros pasamos los años persiguiendo el éxito. Dios no busca fuerza y poder, pide ternura y pequeñez interior. Esto es lo que podemos pedir a Jesús para Navidad: la gracia de la pequeñez. Pero, ¿qué quiere decir, concretamente, acoger la pequeñez? En primer lugar, quiere decir creer que Dios quiere venir en las pequeñas cosas de nuestra vida, quiere habitar las realidades cotidianas, los gestos sencillos que realizamos en casa, en la familia, en la escuela, en el trabajo. Es un mensaje de gran esperanza: Jesús nos invita a valorar y redescubrir las

pequeñas cosas de la vida. Si Él está ahí con nosotros, ¿qué nos falta? La pequeñez, el asombro por aquel niño pequeño: este es el mensaje^{ix}.

YO TAMBIÉN SOY TESTIGO:

¿QUE NECESITO PARA LIBERARME DEL CORAZÓN DE HERODES Y AUGUSTO?

¿QUE TESTIGO SOY: MAGO, PASTOR, MARÍA, JOSÉ?

¿EN QUE PARTE DE MI VIDA NECESITO HOY EL SIGNO DEL NIÑO ENVUELTO EN VENDAS Y RECOSTADO EN UN PESEBRE?

--ooOoo--

ⁱ Benedicto XVI la infancia de Jesús

ⁱⁱ Benedicto XVI la infancia de Jesús.

ⁱⁱⁱ Fernando Torres cmf. www.ciudadredonda.org 8 de diciembre de 2019

^{iv} 4 SANTA MISA DE NOCHEBUENA NATIVIDAD DEL SEÑOR HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO Basílica de San Pedro Viernes, 24 de diciembre de 2021

^v Benedicto XVI la infancia de Jesús.

^{vi} Papa Francisco

^{vii} Papa Francisco vísperas 31.12.21

^{viii} Benedicto XVI, la infancia de Jesús

^{ix} Papa Francisco homilía Navidad 24.12.2021